

tiana la proteccion de la Reina de los ángeles. Si así sucede, con su auxilio vivireis en paz, con su amparo subireis al cielo, logrando la salud y vida de vuestras almas. *Qui me invenerit, inveniet vitam et hauriet salutem á Domino.*

Y vos, dulce Madre nuestra, dirigid á nosotros una mirada de compasion, y no nos desampareis en este valle de lágrimas y de miserias: oid las voces de todos estos fieles, que con la mayor devocion acuden á cantar vuestras alabanzas: alcanzad para todos nosotros los divinos auxilios, á fin de que reconociendo y llorando nuestros pasados extravíos, merezcamos por vuestra poderosa intercesion ser participantes de la felicidad que se disfruta en el cielo. *Amen.*

SERMON

PARA EL SEGUNDO DIA DE LA NOVENA.

DE LA FÉ DE MARÍA SANTÍSIMA.

La fé de la Santísima Virgen confunde necesariamente á la incredulidad de nuestros dias.

Beata, que credidisti.

Eres bienaventurada porque creistes.

Luc. cap. I, v. 45.

Al observar el culto continuo que en todo el cristianismo y muy especialmente en nuestra nacion española, se consagra á la Santísima Virgen, y al ver que su nombre es invocado por justos y pecadores, confieso que mi corazon se llena de júbilo, y que no puedo menos de regocijarme. Ilustres y piadosas hermandades ó congregaciones se emplean en cantar las alabanzas y hacer públicas las glorias de la Madre del Redentor. ¿Y por qué así? ¿Por qué tanto entusiasmo? ¿Cuál es el origen de devocion tan cordial? Nada

es mas razonable, os diré en contestacion, que nuestro amor á María, pues que si la primera mujer nos trajo la maldicion, ella nos ha dado la bendicion; si aquella nos perdió y nos atrajo la muerte, María nos dió á Jesucristo que es la verdadera vida. Ella no solamente cooperó á nuestra salvacion con sus dolores, sino que aceptó el quedarse por madre de todos nosotros, segun fué voluntad de Jesucristo, para que en ella tuviésemos una benéfica protectora. Tal maternidad espiritual no ha podido menos de atraer bienes inmensos á las criaturas, que acercándose con la confianza de hijos á María, han alcanzado por su patrocinio y proteccion la misericordia y el perdon. Por esta razon entusiasmados los padres de la Iglesia, la han aclamado con mil bellas espresiones. El Padre San Agustin, considerando que por su mediacion aplacamos la ira del Señor, la llama esperanza única de los pecadores, y San Efren abogada universal de ellos.

Y en efecto, mis hermanos, si el nombre de madre es siempre tan dulce para nuestros lábios; si en ningunos brazos es recibida la criatura con mas gozo; si no encuentra un amor mas puro y desinteresado que el de una madre cariñosa, ¿cuál deberá ser nuestra confianza en la Santísima Virgen, toda vez que somos hijos de sus dolores? ¿Qué temor tendremos de perdernos sabiendo que María nos defiende y nos protege? Con solo que consideremos que la Madre de Dios es tambien nuestra Madre, será suficiente para que nos alentemos y esperemos por ella conseguir la gracia y el perdon. Siendo María nuestra Madre, es por consiguiente Jesucristo nuestro hermano. ¡Oh amparo seguro, esclama San Anselmo, la Madre de Dios es tambien Madre mia! ¿Con qué seguridad deberemos

esperar, pendiendo nuestra salvacion de tan buen hermano y de tan piadosa Madre (1)?

Siendo, pues, María Santísima tan amante de sus hijos y su ocupacion ó destino principal en el cielo el pedir gracia y misericordia en favor de los pecadores, deseando que ninguno se pierda y todos se salven, ved si con razon han puesto en ella su esperanza los padres de todos los siglos, y si con la misma nos empleamos nosotros en sus alabanzas é imploramos su proteccion. Empero no creo habreis olvidado lo que digimos ayer al abrir este sagrado Novenario, que solo aquella devocion que está fundada en el cumplimiento de nuestra ley, es la que puede serle agradable: que si bien es madre de pecadores, esto se entiende, de pecadores que arrepentidos de sus pasados extravíos, y reconciliados con Jesucristo, emprenden los rectos caminos de las virtudes que atraen la proteccion de la Señora, y nos conducen al cielo. Os creo animados de los mejores deseos al tributar estos devotos cultos, y deseando vuestra instruccion, ofrecí hablaros de las virtudes de María, para que con este modelo tan perfectamente acabado, os animeis á imitarla en cuanto os sea dable, y os hagais dignos de su amor y proteccion. Hablar, empero, de las virtudes de la Santísima Virgen, y esplicar el modo tan admirable como las practicó todas en grado heróico, seria lo mismo que querer contar las gotas de agua que caen sobre la tierra en una copiosa y duradera lluvia. Dios nuestro Señor que la crió para la altísima é incomparable dignidad de Madre del Divino Verbo, derramó sobre ella la gracia no

(1) ¡O beata fiducia, ó totum refugium! ¡Mater Dei est Mater mea! ¿Qua certitudine igitur debemus esperare, quoniam salus de boni Fratris et pie Matris pendent arbitrio? S. Ans. in. Dep. ad. Virg.

poco á poco, sino de una vez y con la mayor prodigalidad, y correspondiendo María á esta gracia, resplandeció en medio del mundo cual el sol que disipa las tinieblas de la oscura noche, por el modo admirable con que practicó las virtudes, mereciendo por su correspondencia y su bondad, el trono que tan inmediato al de su Divino Hijo ocupa hoy en el Empíreo. No obstante, pues, que mi torpe lengua no es propósito para ello, y que carezco de la elocuencia y dulzura que fueran necesarias para tratar de la que escede en pureza á los mismos ángeles, os presentaré en cumplimiento del compromiso contraído, y aunque con tosco pincel, el cuadro hermoso que nos demuestra sus virtudes. Para hablar con orden, nos detendremos hoy en la virtud de la *fé*: y contemplándola practicada heroicamente en María, no podremos menos de confundirnos al compararla con la nuestra. Tal vá, pues, á ser el objeto del discurso y asunto de vuestras atenciones en esta segunda tarde de Novena. La idea no puede ser de mayor utilidad; resta solo que oigais con atencion y docilidad y con vivos deseos de aprovecharos de tan saludable doctrina.

Porque creistes ¡oh fidelísima María! fuistes bienaventurada: *Beata quæ credidisti*. Haced Señora que avivándose cada dia la *fé* del pueblo cristiano, todos nos hagamos acreedores á las recompensas reservadas á los verdaderos creyentes, y para que yo pueda ahora desempeñar esta parte de mi Sagrado Ministerio con acierto, dignaos alcanzarme los divinos auxilios de la gracia, interin nosotros os saludamos con el ángel. *Ave Maria*.

PARTE ÚNICA.

Si siempre ha sido necesario hablar con detencion para persuadir á los fieles la necesidad de practicar la *fé* y las cualidades que esta debe tener, nunca ha sido tan imperiosa y urgente esta necesidad como en el siglo XIX. No me señaleis aquellas épocas de triste recordacion, en las que estendiéndose las herejías por el campo de la Iglesia, arrastraban tras sí á algunos incautos que volviendo las espaldas á la verdad se dejaban aprisionar por las redes de los enemigos de Dios y de su Iglesia. En aquellos tiempos los herejes combatian de frente á la religion y sus dogmas principales, y sus errores confundidos por la Iglesia, solo servian para que esta apareciese mas gloriosa: y los cristianos dieron siempre muestras públicas y claras de la *fé* que los distinguia en tiempo de las persecuciones, corriendo á los martirios y sellando con su sangre la religion. La persecucion que hoy sufre la Iglesia de Jesucristo, sino es tan descarada, es por fatalidad mas funesta. El filosofismo de nuestro siglo, ha seguido otro camino, cual es el de desmoralizar deleitando. Nació esa plaga de novelistas y escritores asalariados por la impiedad, é inundando la sociedad, logran que sus libritos conocidos por títulos inocentes, se encuentren así sobre el bufete del literato, como en el tocador de la inocente doncella. ¡Qué descripciones tan bellas! ¡Qué pinturas mas agradables! Cuando mas deleitado está el entendimiento y mas interesante se va haciendo la lectura, se hace entrar en escena á un ministro de la religion, á quien se pinta con los mas feos colores y cuya descripcion no puede menos de escitar la risa: ya

se le presenta con el carácter de la mas refinada hipocresía, ya introduciéndole en los asuntos domésticos para llevar á cabo miras de interés y de egoismo. Se pasa adelante en la lectura y tras de poéticos párrafos que encantan, se ven puesto en el ridículo el culto y las ceremonias sagradas. Allí la moral es una quimera: la licencia una plausible despreocupacion: el vicio es un heroismo: la virtud un resto de los tiempos del oscurantismo.

No me preguntéis, pues, en qué consiste tanta falta de fé, tanta indiferencia en materias de religion, tanto libertinaje en los jóvenes, tanta liviandad en los ancianos. Son precisamente los frutos de esas lecturas, de esa enseñanza que se viene dando desde fines del último siglo. Con frecuencia tropezareis con jóvenes reunidos que siendo unos ignorantes los vereis hablar y disputar en materia de religion; cuando los oigais en estas cuestiones acercaos á cualquiera de ellos y preguntadles si saben los artículos de la fé, ó si saben daros razon del origen, progresos y triunfos del catolicismo. En el momento lo vereis confuso, y vosotros tendreis seguramente el derecho de reiros de ellos: porque ¡qué cosa mas ridícula es el hablar y sostener cuestiones sobre materias que ni se han estudiado ni se comprenden! Pero aunque no entienden una palabra de lo que es objeto de sus cuestiones, se creen con derecho á sostenerlas, porque han leído cuatro novelas inmorales que canonizaban todo lo que la religion prohíbe, que refutaban todo lo que ella santifica.

Y á través de tanta impiedad y en medio de una sociedad pervertida por los apóstoles del nuevo filosofismo, ¿de qué arma nos valdremos para no infi-

cionarnos? ¿Quién nos sostendrá firmes para que no seamos arrastrados por el torrente impetuoso de la incredulidad? La fé. Esta virtud sobrenatural, don de Dios, es la que ha de dirigir nuestro entendimiento mas allá de las cosas del tiempo: la fé es la que debe hacernos conocer los engaños del mundo, y la que ha de hacernos suspirar por la felicidad eterna. Con los ojos de la fé vemos á través del sepulcro una vida de dulzuras, recompensa de la virtud, y castigos eternos para la maldad. La fé es la que nos hace permanecer constantes en el cumplimiento de nuestros deberes religiosos y sociales, la que alienta nuestra esperanza y nos anima á practicar la caridad.

La fé es un don de Dios y una luz con la cual el hombre da un firme asenso á todo lo que ha sido revelado por Dios para que sea creído: es segun el Apóstol, el fundamento de las cosas que esperamos, y una plena conviccion de las que no vemos. Salomon en el sagrado libro de la Sabiduría nos dice que el Señor es hallado por aquellos que no son incrédulos y que se manifiesta á aquellos que en él tienen fé (1). La fé es seguramente la que forma la felicidad del hombre sobre la tierra, la que le hace llevaderos y suaves sus trabajos, la que en suma le hace sufrir con resignacion y aun con alegría todas sus tribulaciones. Conoce que todo procede de la mano de Dios, y este conocimiento le hace esperar la recompensa.

Observemos, señores, registrando las páginas de la vida de la Santísima Virgen María, el modo como

(1) Diligite justitiam, qui judicatis terram. Sentite de Domino in bonitate, et in simplicitate cordis querite illum: Quoniam invenitur ab his, qui non tentant illum: apparet autem eis, qui fidem habent in illum. Sap. cap. 1, v. 1 y 2.

practicó esta virtud, y veámosla para nuestro ejemplo y para confusion de la incredulidad de nuestros días. Con razon se le llama á la Señora Madre de la fé, así como es Madre de la esperanza y de la caridad (1), toda vez que ella poseyó esta como las demas virtudes desde el momento mismo en que tuvo uso de razon, y es sabido que la razon se adelantó en ella á la edad por un privilegio del que la criara, para hacer resplandecer en ella su omnipotencia. Observadla y seguid sus pasos, cuando no teniendo mas edad que la de tres años se dirige al templo. ¿Quién la impulsa á ofrecerse toda á Dios? ¿Quién la arranca de los brazos de unos tiernos y cariñosos padres que tantas pruebas le tenian dadas del grande amor que la profesaban, y que con tanto esmero cuidaban de ella? ¿Cuál es el móvil que la hace volver la espalda á los encantos de la sociedad y refugiarse cual inocente paloma al templo, para en él entregarse á su placer á las dulzuras de la oracion y á la práctica de las demas virtudes? La fé, porque solo una fé viva y eficaz, una fé operativa podia resolverla á obrar de este modo. Ella conocia á Dios desde el instante de su animacion, y conocerle y amarle fué todo una misma cosa. No necesitó esperar á mayor edad para consultar con doctos varones su resolucion: su fé la guia al templo; su fé la hace entregarse á su Dios; su fé no puede menos de admirar á los circunstantes que están en el pórtico en número considerable. ¡Cuán aceptable fué á los ojos de Dios esta fé, cuya imitacion habia de llevar á sí tantas almas! Pero escuchemos, dice á este propósito un sábio y piadoso cantor

(1) Ego Mater pulchræ dilectionis, et timoris, et agnitionis, et sancte spei. Eccli. cap. XXIV, v. 24.

de las glorias de María; escuchemos lo que de María nos dice el Espíritu Santo en el sagrado libro de los Cantares, con aquellas palabras que le dirige, segun la mística interpretacion de los santos doctores: *Veni columba mea, veni única mea in foraminibus petrae*. La invita amorosamente como á su paloma, como á su única y amada esposa; invítala á poner su nido en los agujeros de la piedra, esto es en su templo: y con aquellas tiernas espresiones de su paloma y de su única, con las cuales la llama á la soledad, denota á qué queria que se aplicase (1).

Dirijamos nuestro pensamiento á aquel dia feliz sobre toda ponderacion, en que el arcángel San Gabriel se presenta á María para anunciarla su altísima dignidad, para hacerla saber que el Espíritu Santo obraba en ella, y que por esta virtud su vientre iba á producir al deseado de las gentes, al Verbo Eterno, al Hijo del Eterno Padre, que habia determinado hacerse hombre para que tuviesen cumplimiento las profecias y los deseos del mundo á quien venia á redimir. María se admira al oír que iba á ser madre cuando no habia conocido varon, pero la esplicacion del misterio hecha por el Arcángel la hace exclamar: «Hé aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun su palabra.» ¡Oh fé admirable, digna de ser imitada! No obstante que su humildad le habia hecho formar un bajo concepto de sí misma, y que no se creia digna de ser escogida para tan elevadísima dignidad, llena de fé cree las palabras del embajador celestial y se declara esclava, deseando que el Señor obrase en ella segun su voluntad

(1) Pensamientos acerca de las grandezas de la Santísima Virgen, del P. Luis Francisco d'Argentan, cap. VIII.